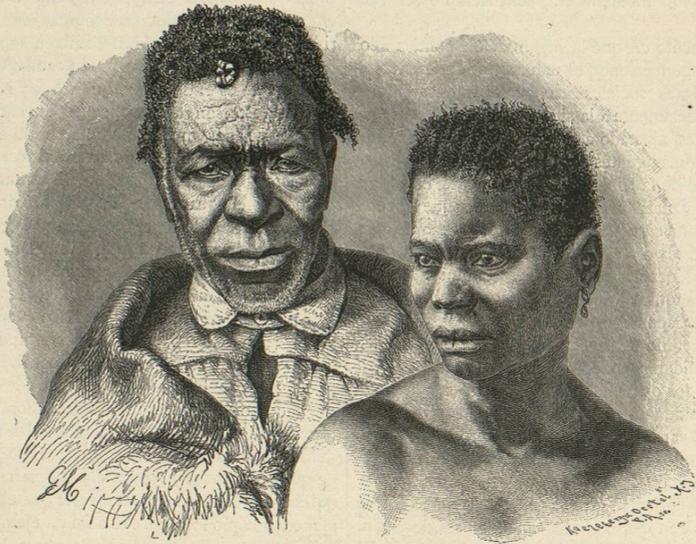


que baje, le suplican y le hacen toda suerte de promesas, mas todo es en vano, pues no se deja engañar. Entonces apelan á las amenazas, mas también inútilmente; asimismo fracasan todas las tentativas de subir al árbol á causa del espesor del tronco. Por fin, toman otra determinación, enviando algunos hombres al onganda para que traigan hachas y así que éstos regresan con dichas herramientas, acometen todos la tarea de derribar el árbol. Se han descargado ya muchos hachazos, mientras la pobre fugitiva sufre allá arriba los más horribles tormentos: el gigantesco árbol vacila y se están descargando ya los últimos golpes, cuando de repente un enorme buitre, con sus grandes alas extendi-



Caudillo damara montañés y su mujer (de una fotografía que posee el Sr. Dr. Fabri, en Barmen)

nece fuera de la cerca de árboles que rodea á cada aldea, de pie y apoyándose indolentemente en su largo arco ó en su azagaya. Después de un rato, que generalmente es de una hora ó más, llega el caudillo ó, si éste está ausente, otros habitantes del lugar y dan comienzo á la solemnidad del saludo, durante la cual es potestativo estar de pie ó sentado. El caudillo, dirigiéndose al recién venido, le dice: *¡kora!* si es uno solo ó *¡koree!* si son varios, «¡cuenta!» ó «¡contad!» El forastero contesta *indé* «no.» Luego se continúa de esta suerte. El caudillo: *¡kora!* «¡cuenta!» - El forastero: *indé, indé*, «no, no.» - El caudillo: *¡kora!* «cuenta» - El forastero: *indé vanga* «no, de ninguna manera.» - El caudillo: *kor'omámbo* «cuenta palabras ó historias.» - El forastero: *hin'omámbo* ó *hin'omámbo* «no sé ninguna historia.» Si el forastero permanece inflexible, el caudillo acaba por dirigirla una intimación especial: *kor'ovízese*, literalmente «cuenta mentiras», lo cual equivale á «anécdotas, rumores ó noticias.» Por fin, se resuelve el recién venido á contar novedades, debiendo ser referido todo lo que ha sucedido en el onganda de donde procede el forastero ó en otras partes, siendo indiferente que diga verdad ó que invente. Durante la relación, el narrador no cesa de hacer notar á sus oyentes que ha traído muy buen apetito. Cuando el forastero ha terminado su relato, truécanse los papeles en las preguntas y respuestas, las cuales se repiten con los mismos detalles que al principio. Terminada esta ceremonia, se trae una vasija llena de leche con la cual el foraste-

das, llega al árbol pronto á caerse donde se encuentra la joven, le presenta sus espaldas y ella se le sube encima: después el rey de los aires extiende de nuevo sus anchas alas y conduce volando suavemente á la joven que ha permanecido fiel á su marido, á la casa de sus padres, á su patria, mientras los perseguidores contemplan el cuadro llenos de sorpresa y de espanto. «Nosotros, los alemanes, - añade Hahn - no nos desdeñaríamos de prohijar este cuento.»

El herero es hospitalario, pero su hospitalidad va rodeada, como la de todos los negros, de ciertas formalidades. Cuando los hereros reciben una visita, las primeras ceremonias de recepción son las siguientes: el forastero perma-

ro se conforta: luego se le introduce en el onganda y se le recibe en el hogar del consejo que hay delante de la habitación del caudillo, en presencia de algunos guerreros: allí enciende el forastero cómodamente su pipa. Después que ha hecho varias indicaciones de que su estómago está vacío, sus huéspedes traen una oveja, la matan y se celebra un banquete, concluido el cual el forastero está como en su propia casa. Todo forastero debe ser admitido en los banquetes y en el hogar, no habiendo maldición que se considere más infalible que la que lanza el que ha sido tratado inhospitalariamente contra el que le ha rechazado de su hogar.

De la religión de los hereros sabemos lo siguiente: la divinidad principal de éstos se denomina *Mukuru*, es decir, el primitivo, y es un espíritu que vive en el apartado Norte. En muchos puntos su tumba es considerada como lugar sagrado. Dícese que cada tribu tiene su *Mukuru* especial, del que derivan todos los usos y costumbres supersticiosas. El es, sobre todo, quien envía la lluvia y el sol. Además del nombre de *Mukuru* ú *Omokuru*, vólense los hereros para designar esta idea de la palabra *Obembo*, es decir sople, espíritu, sin que esto indique en manera alguna la existencia de un segundo ser espiritual. Por esto aceptamos la explicación de Josaphat Hahn, según la cual *Obembo* significa más concretamente el espíritu del «primitivo», es decir de *Mukuru*, de la misma manera que los indios ha-

blan del «gran espíritu.» Que los hereros creen en una supervivencia después de la muerte, por más que no tengan de ello una idea perfectamente clara, lo demuestra el hecho de que á veces llevan alimentos á las tumbas de los amigos muertos, suplicándoles que coman de ellos y estén contentos, y además la circunstancia de que imploran la bendición y el auxilio de los muertos para sus empresas guerreras y les piden que aumenten el número de sus mujeres y de sus rebaños y que accedan á sus demás deseos. También creen que los difuntos reaparecen, bien que pocas veces, en su forma natural y sí más comunmente en la de perros. Estos espíritus en forma de perros, á los cuales dan el nombre de *tyruru*, tienen á menudo los pies de avestruz. Cuando alguno de estos espíritus se aparece á algún damara y le persigue ó se le acerca, es indicio seguro de que se aproxima su última hora. Los damaras tienen infinidad de costumbres supersticiosas: creen sobre todo en la hechicería (*Omundu-Onganga* y *Omundu-Ondyai*) y conceden gran influencia á los que la ejercen: éstos envuelven á los enfermos en una serie de necios signos y conjuros y como principal remedio utilizan los excrementos de hiena, con los cuales untan á aquéllos en la boca y en la frente. En los casos de enfermedad y cuando no tienen á mano ningún hechicero, utilizan los excrementos de vaca con los cuales untan la frente y el pecho de los pacientes, á quienes atan también correas de cuero alrededor del rostro y del pecho. Además de los hechiceros hay muchachas hechiceras (*ondangere*), que por regla general son las hijas de la primera mujer de un caudillo y que recuerdan á las vestales de Roma, por cuanto una de sus principales tareas consiste en conservar una especie de fuego sagrado (*Omurangere*). Cuando hace buen tiempo, se mantiene constantemente delante de cada cabaña un fuego alrededor del cual suelen sentarse los habitantes de aquélla: en los días de mal tiempo, el fuego es llevado á la choza de la *ondangere*. Si por desgracia ese fuego se apaga, júntase todo el pueblo para hacer sacrificios de reses y para encenderlo de nuevo por el sistema de la frotación: para ésta se usan unas maderas que el caudillo ha heredado de sus padres y á las que profesa cierta veneración. Los hereros pretenden haber recibido el fuego de *Mukuru* ó *Obembo*. Cuando una tribu cambia de lugar de residencia, la *ondangere* va delante llevando el fuego, y si una parte de la tribu se separa del resto, el hombre más ilustre de aquélla recibe parte de este fuego y su hija queda investida con la dignidad de *ondangere*. Los animales destinados al sacrificio son muertos con la lanza: los que han de ser comidos son estrangulados. Cuando fallece alguien, una parte de su rebaño es muerta á golpes de mazas, lo cual puede ser considerado como una especie de sacrificio rudo. A esta categoría pertenece quizás también la costumbre de que al morir un buey en el kral de un caudillo la *ondangere* hace un doble nudo en su delantal de cuero para que no caiga ninguna «maldición» y pone un pedacito de madera en las espaldas del animal muerto, pidiendo luego larga vida, muchas reses y otras cosas análogas: después, un individuo que regresa de una caza afortunada toma un buche de agua y con ella rocía tres veces su hogar y sus pies. Cuando un joven ha dado muerte á una fiera, su padre le hace cuatro incisiones en la frente y le regala una oveja ó una vaca: la descendencia de esta vaca sólo pueden comerla los hombres. Como todos los cafres, tienen los hereros muchas preocupaciones respecto á los manjares: de ellas, algunas son observadas como preceptos rigurosos, mientras que otras no son generales. Esas preocupaciones están íntimamente relacionadas, según hemos visto, con la eanda; y por esto cuando se ofre-

ce carne á algún damara, éste no se descuida de inquirir las cualidades del animal de que procede. Algunos llevan esta costumbre á un extremo tal que consideran impuros los cacharros en que tales alimentos han sido cocidos, y evitan como perjudicial el humo del fuego en que se guisaron. El caudillo escoge las provisiones de boca antes de que los demás las coman. La grasa de ciertos animales que se conserva en vasijas de forma determinada, tiene, á los ojos de este pueblo, cualidades especiales, untándose con ella los caudillos y tragándola mezclada con agua los que regresan sanos y salvos de un viaje.

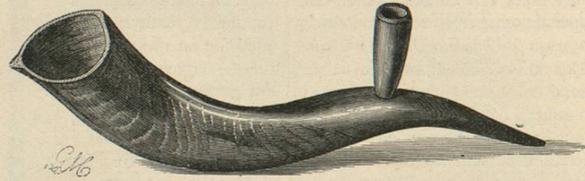
Los sacrificios se hacen con gran cuidado: para ellos se usan palos sagrados cortados de árboles ó arbustos consagrados á los antepasados y delante de los cuales se coloca, en las comidas de sacrificios, la carne de las reses sacrificadas, porque representan á esos antepasados. Algunos guardan estos palos reunidos en haz y adornados con amuletos, teniéndolos constantemente puestos en las ramas del *Makera*, arbusto del sacrificio, existente en el lugar en donde los sacrificios se llevan á cabo y sobre el cual se coloca la carne del animal sacrificado. Este arbusto representa, pues, el altar.

Lugar importantísimo ocupa en las creencias de los damaras una especie de culto á ciertos y determinados árboles que no se limita, sin embargo, á los de una sola familia, y que recuerda otros mitos análogos de otros pueblos cafres. Esta creencia arranca de la suposición de que un árbol sagrado fué el origen de los hereros, de los bosquimanos, de los bueyes y de las cebras: los primeros encendieron en seguida un gran fuego que espantó á los bosquimanos y á las cebras, los cuales desde entonces vagan juntos por las selvas, mientras que los damaras con sus bueyes tomaron posesión del país. De dicho árbol salieron, también, todos los demás seres vivientes, pero en estos últimos tiempos - añaden los damaras á su narración - ha dejado de producir frutos, por lo cual es inútil esperar debajo de su sombra



Armas de los damaras montañeses:  
1 Lanza. - 2 Tambor. - 3 Maza  
(Museo para Etnografía, Berlín)  
1/8 de su verdadero tamaño.

los bueyes ó las ovejas que quizás podría aportar. Este árbol objeto de esta veneración es probablemente el *Tate Mukurume* ó el *Omumboro-Mbonga*, árbol gigantesco con escaso y verde follaje y corteza de un color blanco de plata, «de un aspecto tan antediluviano como si nada tuviera que ver con la generación actual.» Este árbol crece entre los demás único en su clase y por esto la leyenda popular venera en él, como su nombre lo indica, al padre primitivo de todas las criaturas vivientes. Antiguamente se hacían sacrificios á determinados árboles de esta clase y los hereros, al ver de lejos uno de ellos, exclamaban: *ju zera tate mukurume!* (¡tú eres sagrado, padre primitivo!) Este pueblo abriga ciertos sentimientos poéticos en lo que se refiere á la manera especial de ser de cada árbol: así por ejemplo tiene gran predilección por el árbol camello (*acacia gi-*



Una pipa para dacha, de los damaras montañoses (Museo para Etnografía, Berlín) <sup>1</sup>/<sub>4</sub> de su verdadero tamaño

asemeja al de los hotentotes y el color oscuro de su piel al de los damaras (véanse los grabados de las págs. 216 y 232). Josaphat Hahn habla sin fundamentos positivos de «signos indudables» que demuestran que los damaras montañoses antes de estar en contacto con los namaqués, hablaban un idioma negro. Galton y Andersson encontraron gran semejanza corporal entre ellos y los ovambos. Estos mismos autores los designan como negros, sin fijar concretamente las relaciones que existen entre ellos y los damaras. Galton, además, opina que ellos fueron los primitivos habitantes



Utensilios de los damaras montañoses: 1 Bolsa para tabaco. - 2 Cinturón de cuero (Museo para Etnografía, Berlín): la primera <sup>1</sup>/<sub>2</sub> de su verdadero tamaño.

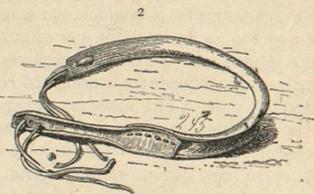
del interior la debida separación de compartimentos: en ella había una porción de utensilios, tales como platos de madera para leche, pipas y otros. La riqueza que estos habitantes poseían en bueyes y ovejas no era tampoco escasa, por más que ellos por desconfianza trataran de ocultarla. El misionero rhenano Hugo Hahn encontró, en 1870, reunidos en la estación de misiones de Okombache á esos mismos habitantes de las montañas en número de 400 á 500. «Puede considerarse - dice - que han gozado de una

*raffae*) parecido al roble y le da el nombre de *Omulivirikoa*, es decir el que ha de ser estimado: sobre la forma de este árbol y su oscura corteza destaca el hermoso verdor del follaje y el color amarillo dorado de sus innumerables y aromáticas flores. En estas áridas estepas, en que cada árbol, destacándose perfectamente en el horizonte, aparece como deseada isla, se comprende el culto de los árboles.

Una situación rara ocupan en el territorio de los hereros los damaras montañoses que se denominan á sí mismos *haukoín*, es decir verdaderos hombres: los namaqués que primero fueron sus aliados y luego sus señores, les dan el nombre intraducible por lo indecente de *Ghu Damuf*, ó *Damán*. Estos damaras montañoses se parecen mucho por su género de vida á los bosquimanos: en cambio su idioma se

del país habiendo compartido el territorio, hasta que llegaron los damaras (hace unos cien años), con los bosquimanos, ocupando aquéllos las montañas y éstos las llanuras: estos últimos los trataron siempre como á inferiores, no casándose los individuos de la una raza con los de la otra: el hecho de que los primeros aceptaran el idioma de los últimos demuestra que fueron sometidos por conquista.

Los damaras montañoses están diseminados en escaso número por las montañas, en cuyos puntos de más difícil acceso fijaron sus residencias. Galton visitó una de éstas emplazada en una montaña de rocas cortada á pico y punto menos que inaccesible llamada Erongo y situada al Norte del río Swakop, y encontró que su existencia no era tan miserable como podía creer cualquiera que se encontrara con ellos en la llanura. La cabaña de un caudillo se componía de varios departamentos, construídos debajo de un grupo de árboles, uno al lado de otro, de tal manera que las ramas de éstos formaban el techo de aquella y sus troncos constituían en



libertad relativa reflejada en su situación general.» Estos damaras, montañoses al igual que los hotentotes propiamente dichos, cultivan la dacha y como ellos también la fuman con pasión en pipas de agua tragándose el humo y fumando hasta embriagarse por completo. También fuman con gran afición el tabaco y son especialmente apasionados tomadores de rapé. Los utensilios y las armas de los damaras montañoses son, por regla general, los mismos que los de los hereros, con la sola diferencia de que abundan me-

nos y son por término medio, sobre todo por lo que hace á las armas, más rústicos, como puede verse por los grabados de la pág. 233. Es digno de notar que poseen el tambor, desconocido de los hereros.

Son importantes algunas noticias sueltas que se tienen acerca de la aparición de este pueblo, en grupos numerosos, en el bajo Omoramba, al Sudeste de Ovambo. Así como respecto de los *ghu damufs* del país damara no hay ninguna tradición que demuestre que antes hablaron otro idioma, afirmase con relación á aquellas tribus del Omoramba que hablaban muchos idiomas y que algunos de ellos no entendían el hotentote. En este último punto tuvieron seguramente una existencia más desahogada que en el país damara, dedicándose á la agricultura y comerciando con los ovambos y con otros pueblos habitantes al Norte de ellos. La situación de los que viven en el país damara es la más miserable de cuantos pueblos en el mismo se encuentran, siendo despreciados y maltratados por los damaras, por los namaqués y aun por los bosquimanos. Los demás pueblos se burlan constantemente de ellos, afirmando que descienden de los babuínos. «¿Y por qué no?» decía un anciano *ghu damuf*. «Unos y otros vivimos igualmente perseguidos por todos y habitamos del mismo modo en las montañas, donde comemos las mismas raíces que de igual manera sacamos de la tierra escarbándola con las manos.»

### CAPÍTULO XIII

#### LOS OVAMBOS (1) Y SUS AFINES

«Uno de los pueblos más activos y más pacíficos de todos los agricultores del África.»

Fertilidad del país ovamba. - Densidad de población. - Modo de ser de los ovambos. - Agricultura y ganadería. - Viviendas. - Traje. - Armas. - Religión y hechicería. - Derecho. - Bosquimanos y damaras al servicio de los ovambos. - Distintas tribus entre el Ovambo y el Cunene. - Los bakubas ó bavekos.

Atravesando en dirección hacia el Norte la triste estepa del país damara, verdadera ramificación del Kalahari, se descende, aproximadamente en los 18° de latitud, á unas llanuras cubiertas de cereales que están casi tocando á los macizos de espinosas mimosas. El contraste es sorprendente y como se comprenderá agradable. «En vano - exclama Andersson - pretenderíamos describir el encanto que esto nos produce ó pintar el magnífico panorama que á nuestros ojos se extiende: bastará decir que en vez de la estepa de arbustos, en donde á cada paso las espinas de las mimosas nos hacen perder los estribos, ofrece á nuestra vista la comarca un campo al parecer sin límites de amarillos trigos, sembrado de numerosas y tranquilas cabañas y bañado por la cálida luz del sol poniente de los trópicos. Además, álzase aquí y allí colosales árboles, de sombra unos, frutales otros, de gruesos troncos y oscuros follajes, completando el cuadro las palmeras de abanico, ora aisladas, ora formando

(1) El nombre de ovambos no es, por su origen, indígena, pues las tribus sólo conocen sus nombres especiales y no un nombre genérico, sino que fué aplicado por los ovahereros á algunas tribus que habitaban al Norte de ellos. Las modernas investigaciones de Duparquet demuestran que no hay ningún fundamento, filológico por lo menos, que se oponga á admitir bajo la misma denominación á los habitantes de la orilla izquierda del Cunene. Galton refiere que los ovambos de Ondonga por él visitados designaban como verdaderos ovambos á todas las tribus que habitaban á lo largo de este río, y añade que ni por su lenguaje ni por su aspecto se diferenciaban en nada de aquéllos. Los damaras daban igual nombre á todas las tribus que habitaban al Norte de ellos y cultivaban cereales.

grupos. Aquello nos pareció el Elíseo. Muchas veces, desde entonces, he traído á mi memoria esta escena que creo poder comparar sin exageración con la transición desde un desierto ardiente, brillante y sin la menor sombra, á un parque lleno de fresca verdura y de sombras apacibles.» Tal es el país de los ovambos, sumamente fértil á pesar de que en él no sobra el agua. Indudablemente este país pertenece á la clase de territorios de estepas, y tiene períodos de lluvia cortos pero altamente benéficos para los cereales. Entre el Ovoromba, que desemboca por el Oeste en el lago Ngami, y Ondouga, residencia del caudillo de Ovambo, no se encuentran ríos ni torrentes; por esto los ovambos profesan gran veneración al agua. Galton hubo de comprarla á cambio de perlas ó cuentas. En este país se ha trazado un límite muy marcado á la civilización, en armonía con el que se ha puesto á la naturaleza del territorio. La ganadería y la agricultura, la vida errante y la existencia sedentaria, la pobreza y el bienestar, el hambre y la saciedad, la guerra y la paz, todo se encuentra allí en íntimo contacto.

Los ovambos son no sólo el primer pueblo agrícola que se encuentra en el África occidental viniendo del Sud, sino que entre todos los pueblos agricultores africanos son uno de los más activos y pacíficos. Por esto viven agrupados en masas relativamente numerosas. Andersson y Galton aprecian la densidad de la población del país ovambo en 100 almas por cada milla cuadrada, y el último refiere que en una hora de cabalgar (que montando en un buey representa una distancia de cinco kilómetros) pudo contar aproximadamente 30 fincas, á pesar de que la configuración montañosa del país no permitía extender la vista á más de 2 ó 3 kilómetros por cada lado, y supo que en cada finca habría de 30 á 40 habitantes. Estos cálculos más bien pecan de reducidos que de exagerados. En Ovambo no hay grandes aldeas y sí sólo grupos de un número no insignificante de chozas, pues la población se halla por todas partes rodeada de campos. Por lo que hace á la extensión de sus residencias, alcanza, incluyendo los puestos más avanzados, hasta los 19° 30' de latitud Sud hacia el Mediodía (Andersson designa al Okamabuti situado á esta latitud, como el punto fronterizo septentrional de los hereros) y hasta Cunene hacia el Norte. De este último punto no suelen pasar ni ellos ni los comerciantes de Benguela, con los cuales verifican allí sus cambios. El comercio se hace en el río, como frontera del país.

En punto á la estructura corporal, los ovambos se diferencian notablemente de los damaras, pero en cambio se parecen mucho á los damaras montañoses. Son hombres repugnantes, huesudos, con facciones muy pronunciadas y en extremo musculosos. Hasta su idioma es distinto del de los damaras, pues tiene, por ejemplo, la *l* que falta en el de éstos. Hay algunas palabras muy semejantes en ambas lenguas; así para decir «trae fuego» dicen los ovambos *ella omulito* y los damaras *et omuriro*; esto no obstante, ambos pueblos difícilmente se entienden entre sí.

La agricultura que es el rasgo predominante en la vida y en la actividad de esta tribu, tiene por base principal dos especies de mijo, el durra y el eleusine (véase el grabado de la pág. 64), cuyos campos tienen á menudo muchas millas de extensión y están sólo interrumpidos por estrechos senderos. Esta extraordinaria uniformidad de una comarca por todas partes cultivada y sin caminos, constituye para los viajeros una gran dificultad por lo mucho que les cuesta hallar la senda que han de seguir. El grano que se cosecha es guardado en unas pleitas en forma de cestas de un metro de diámetro que se colocan sobre un rústico trípode, con la punta hacia abajo, de manera que nunca tocan al